

**LA LITERATURA EN LANZAROTE: UNA  
APROXIMACIÓN**

*Carlos Pinto Grote*



Quiero agradecer, en el inicio de estas palabras, a este Excmo. Cabildo Insular, la gentil invitación que me ha hecho para hablar ante Vdes. de la Literatura en Lanzarote.

Méritos no tengo para ello. He sido, soy y seré un poeta; de resto, mi dedicación a los estudios literarios es pobre, por lo cual ya he de pedir perdón por el atrevimiento al aceptar un encargo que me viene como el traje prestado de alguien más grande y más corpulento que yo.

Pero como siempre he aceptado los retos que se me proponen, me he puesto a estudiar primero y a escribir después sobre la literatura en esta Isla, que es más importante de lo que pudiera suponerse a primera vista.<sup>1</sup>

Así las cosas, comencemos sin más preámbulo el tema a tratar. Intentaré brevedad y concisión, que no me agrada ver a un público por el que tengo respeto, bostezando y durmiendo por culpa de la desmesurada extensión del discurso. Algo me dejaré atrás, ya que no intento exponer aquí una completa y exhaustiva lección; para ello están los investigadores y catedráticos que saben hacer esto mucho mejor que yo.

Pretendo hablar de los escritores de Lanzarote, muchos de ellos en el más absoluto olvido y que vivieron y viven en un mundo donde existe el más tenaz desconocimiento de ellos por parte de las generaciones actuales y no tan actuales, que de todo hay en la viña del señor, mal que nos pese, que la ignorancia del patrimonio literario está muy extendida en nuestras latitudes.

---

1. Porque uno cree que las cosas son fáciles, ligeras, que habrá alguien que escriba algo en esta Isla, allá por la historia inicial y que estará todo en algún tratado donde informarse. Pocos serán, nos decimos y tampoco digamos famosos, y luego resulta que no es así, que son en número y calidad importantes, dignos, maestros en fin, a tener en cuenta no sólo en la Isla, en las Islas, sino en la nación entera y algunos en Europa y no es que nos asombremos sino que la cosa es seria y como tal hay que tomarla. De manera y modo que lo que comenzó siendo un trabajo de recopilación se torna indagatoria y descubrimiento, interés personal por saber, al margen del tener que decirlo o no a los curiosos oyentes. Entra uno en las vidas de estos escritores y dice cómo pudieron hacer tanto y tan bien hecho si estas Islas están perdidas en la mar oceánica y apenas se ven en el mapamundi. Gente letrada que edifica y construye lo perecedero, que el tiempo no amarillea y que parece recién hecho, tanto se adelantaron con sus escrituras y pensamientos. Y ahora nos acercamos a continuar el diálogo que la muerte interrumpe pero no se detiene que las palabras están ahí ya fijas y crece de su lectura la otra conversación de hoy, tan llena de sorpresas y contentamientos.

No creo que el lugar de nacimiento marque, para y por siempre, a un escritor. De modo que, esta fortuita circunstancia —lo es el hecho de nacer en un determinado sitio, que muchos hay para que ocurra tal suceso—, podrá ser motivo de orgullo para los coterráneos, pero no condiciona la obra sino en mínima parte; toda aceptación de dependencia me parece algo falaz y a lo que no doy la menor importancia.

Sé que esto podrá no agradar a críticos e investigadores de la literatura isleña, pero nunca he dejado de pensar y así lo he dicho muchas veces que, cualquier escritor medianamente aprovechable, es siempre universal; considerarlo un producto más «de la tierra» me ha parecido restar importancia a una tarea intelectual que señala un ideario y un pensamiento dignos de ser estimados, no en función de un localismo a ultranza, sino en toda su amplitud, que las fronteras son artificiales divisiones de una unidad humana: la literatura.

Un gran escritor de Lanzarote, del que luego hablaremos, escribía en el prólogo al libro de su amigo, Bernardo Chevilli, en 1932: «Yo siempre fui devoto de lo nuestro, de lo regional, de lo que más hondamente debemos sentir y amar. Cuanto tienda a exaltarlos es obra de patriotismo. Ahincando en él, llegando hasta su cogollo es como podemos tener aquí Arte, verdadero arte con garantías de perdurabilidad. Sé que muchos no participan de esta opinión y hasta que la desdennan por entender que lo reducido del espacio y la mezquindad de materiales impiden lograr obras de empeño».

Están equivocados. Lo que es de un hombre es de todos, ya que lo más individual es lo más universal, y el que no es de un lugar y de un tiempo es un «homo insipidus». Arte es intensidad y nadie duda de que cuanto se pierde en extensión se gana en aquélla; así como que, con reducidos materiales se ha construido lo más grande y perdurable que existe en arte y literatura. «Sólo es duradera en siglos y en varias tierras la gloria que rebasa el propio lugar y tiempo, por haberlas perhinchado. Cuanto más de su país y de su época sea un hombre es más de los países y de las épocas de todos», ha dicho Unamuno. En un lugar pequeño nació Don Quijote y andando por caminos polvorientos de La Mancha ganó la eternidad, porque no depende ésta de la magnitud de las cosas, sino del soplo divino de infinitud que les imprime el artista. «De modo que lugar y tiempo y devoción de lo nuestro es sólo materia para ser rebasada y llegar a escribir sin lugar, sin tiempo y sin devoción de lo vernáculo», viene a decirnos Don Benito Pérez Armas. También, antes que él, mi tío-abuelo, Francisco María Pinto, afirmaba en 1878 la inexistencia de una poesía diferenciada en las Islas del resto del territorio lingüístico español, asunto este que inicia una polémica vigente hasta hoy y sobre la que no haré ningún comentario; considero, al menos para mí, el asunto zanjado, por más que quieran darle relevancia quienes intentan un castrante nacionalismo cultural, a todas luces erróneo y minimizador.

Lanzarote —vamos a fiarnos de D. José Viera y Clavijo, que es el que me parece más serio entre los historiadores que relatan la conquista de Ca-

narias—, fue la primera isla en la que la lengua castellana toma asiento allá por el año 1402. No hablo de guerras y colonizaciones, hablo sólo de cultura, de civilización, también. Tienen que pasar 94 años para que todas las islas estén bajo el dominio de una manera de expresarse, de comunicarse, en suma. En Lanzarote, la cultura occidental empieza primero que en las demás tierras y esto es importante.

El primer hecho poético que se conoce en las Afortunadas, la primera escritura formal, diríamos, se titula «Endechas a Guillén Peraza». Según algunos investigadores se compusieron, con toda probabilidad, en Lanzarote, antes de la conquista de Gran Canaria, hacia la mitad del siglo XV. Como dice de ellas María Rosa Alonso, son doce versos apasionados, nerviosos, de una concisión poética impresionante. Hétenos aquí pues, cómo comienza la literatura en las Islas, que es en Lanzarote y no en otra parte, porque las endechas que se hicieron en Canarias, ya en castellano, ya en la llamada lengua aborigen, que recoje Torriani, son posteriores a las de Guillén Peraza.

El Romancero, que lógicamente se extiende por igual en todas las islas, tiene también su impronta lanzaroteña, en forma de versiones distintas de romances tradicionales españoles. Si se examina detenidamente el trabajo de Diego Catalán, «La flor de la marañuela», exhaustiva recopilación y verdadero Romancero General de las Canarias, las variaciones que en Lanzarote aparecen denotan una mayor proximidad a las versiones peninsulares, posiblemente porque fue Lanzarote el lugar desde donde comienza la expansión del Romancero.

Detenernos en esta interesante investigación nos parece repetir sin sustancia y vale remitirnos a Menéndez Pidal, Espinosa, Pérez Vidal o Catalán, si deseamos mayor profundidad en el conocimiento del Romancero Canario. Citaré solamente un romance: «Lanzarote y la cierva de pie blanco», que Diego Catalán considera y así lo dice, «quizá el más extraordinario entre los romances recogidos en Canarias».

Y llegamos, en nuestra andadura, al año 1726, en él nace en Lanzarote, en Teguiise, ese personaje que tanto dio que hablar y del que tanto se ha escrito. Me refiero a D. José Clavijo y Fajardo, humanista si los hubo, traductor, sociólogo satírico, ensayista, viajero, buen amante, a lo que parece, y protagonista malvado en las obras de Beaumarchais, Marsollier, de Cubieres y Goethe.

No podía menos alguien como Agustín Espinosa, que escribir sobre este hombre, de sensible y joven temperamento, adepto a las corrientes filosóficas y literarias extranjeras que, en su entonces, llenaban la sociedad europea imperialista.

Su dedicación literaria —desde «El tribunal de las Damas», la publicación de la revista «El Pensador», las traducciones de Racine, hasta el «Diccionario Castellano de Historia Natural», entre otras obras— tiene unas bases éticas,

docentes, religiosas, plenas de vigencia en su tiempo y es lección inteligente de liberal humanismo que merece ser siempre recordada. Muere en Madrid, a los 81 años de edad Don José Clavijo y Fajardo.

Casi coetáneo, Don Andrés Lorenzo Curbelo, otro lanzaroteño que nace en los inicios de 1700, que fuera cura de Yaiza y de Haría y que aporta su legado literario en un curioso manuscrito titulado «Diario de apuntes de las circunstancias que acaecieron en Lanzarote cuando ardieron los volcanes, año de 1730 hasta 1736», y que cita Viera y Clavijo en su «Historia de Canarias».

No podemos decir que esté falto Lanzarote en el XVIII de literatos de importancia, pero, ¿cuántos más habrá, recónditos y olvidados que dedicaron su tiempo a estas tareas de la erudición y la literatura? Más habría de haber, porque en este trabajo de la pluma, sólo conoce la historia a aquellos que llegaron a la fama y este mismo hecho nos asegura una condición culta del pueblo, un cimiento de desconocidos a los que elogio desde aquí y que son esa clase de mujeres y hombres que forman, en silencio y olvido, la cultura de los pueblos.

Y antes de pasearnos por el siglo XIX de la literatura en Lanzarote, hagamos un intertexto aclarativo.

Si no me extendo más en una exposición detallada de obras, si no ejerzo una función crítica acerca de las formas literarias iniciales y de los autores que he citado, se debe a que no es mi intención el cansarles, a que, por otra parte, ya existen tratados en los que se pormenorizan detalles sobre biografías y ejecutorias literarias y a que, como señala el título de la charla, se trata de una aproximación y de una visión muy general de la literatura en Lanzarote. Hacer resumen de la misma, advierto que no es tarea fácil y ya saben Vdes. que no soy un erudito ni un investigador literario.

Así las cosas, puestas en su sitio, que es siempre bueno ir con la verdad por delante para que nadie se llame a engaño, pasemos al siglo XIX y veamos qué pasa en él.

Aquí están Alfonso Dugour y Ruz, Ana Laso de Curbelo, Francisco Fernández Bethencourt, Antonio Zerolo Herrera, su hermano Elías y Don Benito Pérez Armas. No podemos quejarnos de penuria literaria en este Lanzarote del XIX.

¿Qué se sabe de Ana Laso de Curbelo? No conozco de ella sino un poema publicado en aquella colectánea de poesías que recopilara y editara en la imprenta de Miguel Miranda, Santa Rosalía, 19, en Santa Cruz de Tenerife, en el año 1878, Don Elías Mújica. El libro, ya una curiosidad bibliográfica, se titula «Poetas Canarios. Colección de escogidas poesías de los autores que han florecido en estas Islas en el presente siglo», y se publica previa suscripción y con la lista de suscriptores en las primeras páginas; mi tatarabuelo, Don

Juan de la Puerta Canseco y mi bisabuelo, Rodrigo de la Puerta y Vila, están entre ellos.

Ana Laso, cuyo poema «a la sentida muerte de mi hija Manuela» concluye: «Cese mi triste clamor, / Más no acabará mi empeño / Mientras recuerde tu amor / y el eco de mi dolor / sirva de arrullo a tu sueño», es la ilustre desconocida, la dama de la que no he hallado huella alguna en la literatura consultada. ¿Puede alguien decirme quién fue? ¿Dejamos pendiente el misterio y escribirá un actual escritor la vida de Ana Laso en una novela llena de melancolía?

Alfonso Dugour y Ruz nació en Arrecife en 1844. Se casó con Kenelma Siliuto, hermana de la poetisa lagunera Fernanda Siliuto. Colaborador asiduo de «Ramillete de Canarias», «Revista de Canarias», «El Museo Canario», fue director de «Las Noticias» y de «Las Novedades». Aparte de escribir una muy estimable poesía, publicó en «El Museo Canario» el trabajo titulado «La Viña: su Historia». En él afirma: «respecto a Canarias, las primeras cepas que en ella se plantaron fueron introducidas de la Isla de la Madera, a mediados del siglo XVI, por un portugués llamado Lutzardo Coello y su cultivo se extendió en las Islas, en donde no tardó en producir vinos de excelente calidad. El vidueño, el listán, la negra molle y la sin par malvasía, poblaron llanos y laderas y se echó pronto a ver que aquellos improvisados viñedos habían de echar el fundamento de la prosperidad de Canarias».

Mira qué cosas pasan. Tener uno que ponerse a estudiar la literatura de Lanzarote, para hablar luego de ella y enterarse por Don Alfonso Dugour, que fue Lutzardo Coello, y no se sabe más, quien trajo aquí las viñas, que no las habría si no se hubiese ocupado Lutzardo de venir con ellas desde Madeira, y las trajo todas, los sarmientos cabezudos, esos que, para plantar, se corta la cepa con parte de la madera vieja. Nadie le ha dado las gracias a Lutzardo Coello, que se sepa. Yo sí se las doy. Y que cualquiera que lo conozca, le hable a Don José Saramago y ponga a este hombre en sus escrituras, que sería buen pago a su regalo, ya que no podemos hacerle otro para compensarle tanto desvelo.

Padrón Acosta, que siempre fue amigo de poner extraños calificativos a los escritores, dice de Dugour que era un jacobino y que su poesía tuvo marcadas influencias escandinavas. Pues mejor que fuera así, que no un desilustrado. Don Alfonso murió en Tenerife, el 4 de julio de 1892. Tenía 48 años.

Y hablemos ahora del Académico de Número de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia Españolas, el gran genealogista Don Francisco Fernández Bethencourt, amigo de Juan Valera, Tamayo y Baus, Campoamor, Núñez de Arce y Emilio Castelar, que éstos son algunos de los que tuvo. Su ingente obra, desde la «Genealogía y la Heráldica en la Historia» hasta la «Historia Genealógica y Heráldica de la Monarquía Española, Casa Real y Grandes de España», le hace conquistar los más altos prestigios nacionales.

Nació en Arrecife en 1851 y muere en Alicante en 1916. Son 65 años de vida prolífica dedicada a lo antiguo y a lo tradicional, que también de nostálgicos está llena la literatura de esa época.

Sus artículos «Antaño y Hogaño» y «Recuerdos de Madrid» son dos documentos repletos de evocaciones interesantísimas sobre la sociedad en la que le tocó vivir.

Lo curioso de este personaje es que siempre fue tenido en menos por sus coetáneos isleños. Las razones de esto hay que buscarlas en esa especial manera de considerar a un autor, no por su obra sino por las ideas que en ella aparecen sustentadas. La gente de «derechas» que hace literatura y además la hace sobre temas de «derechas» está mal vista en los cenáculos intelectuales.

Cuando en 1971 leo «Rigodón», de Louis Ferdinand Celine, soy increpado por mis amigos. ¿Cómo es posible que leas a ese nazi, a ese colaboracionista, a ese fascista, etc.? De un escritor me interesa lo que escribe y cómo escribe, no quién es, ni cómo es, ni lo que piensa de política, ni sus inclinaciones sexuales, ni su pedantería si la hubiera o hubiese. Esto puede sonar a reduccionismo. Y si lo es, me tiene sin cuidado. Lo que no puedo tolerar es la ortodoxia, mal muy extendido, por desgracia. De modo que consideremos a Fernández Bethencourt a la luz de su obra; todo lo demás son zarandajas. Y dicha esta blasfemia en tono menor, continuemos desarrollando nuestro tema.

Dentro de la Escuela Regional canaria —dice Artiles— por su isleñismo y por su exaltado amor a la tierra, ocupa el primer lugar Antonio Zerolo Herrera, nacido en Arrecife en 1854. A los 14 años escribió, leyó y publicó su primer poema. Desde ese momento hasta su muerte, ocurrida en La Laguna en 1923 —año de mi nacimiento—, ganó todos los premios de poesía en los Juegos Florales de sus Islas y fuera de ellas, Reus, Guadalajara, etc. Fue Catedrático de Instituto por oposición, en Gijón y en La Laguna. Su poesía, casi toda ella dedicada a los temas regionales, al mar, a la tierra y a las gestas canarias, recoge los últimos destellos del romanticismo. Hombre de gran talento y vasta cultura, deja en su poesía la huella de su erudición y es, con Estévez, el más ardiente defensor de nuestra tierra. Su grandilocuencia recitativa arrastraba a los públicos isleños.

Pienso que se hace necesario recopilar las dispersas publicaciones de Don Antonio Zerolo para poder tener una mejor idea de todo lo que representa como poeta, no sólo isleño sino dentro del ámbito nacional.

Y, exactamente en el otro extremo de la cuerda, Elías Zerolo Herrera, hermano del poeta ya comentado. Fundador de la «Revista de Canarias», la publicación de mayor valor científico de nuestro siglo XIX, nace en Arrecife en 1849. Muy joven marchó a América del Sur, recorriendo varios de sus países. Pasa un tiempo en Tenerife y regresa a Lanzarote en 1886. Marcha a París en 1892 y allí trabaja como Director Literario de la Editorial Garnier, una de las más importantes de Francia. Y muere en París, que es un buen sitio para morir, en el año 1900.

Cuando se habla de Elías Zerolo se suele decir de él que es un erudito. Y nada más. Pero lo cierto es que escribió una «Historia de la Máquina de Vapor», un «Diccionario de Canarismos», un «Atlas Geográfico Universal», un libro de ensayos y cuentos titulado «Legajo de Varios», hoy casi inencontrable y que regaló a mi padre, Pedro Pinto de la Rosa, el escritor Luis Ruiz Contreras, famoso traductor de Anatole France y gran amigo de Elías Zerolo.

Don Elías representa a ese personaje transterrado tempranamente, tan frecuente en nuestras Islas, que compone su vida fuera de ellas y que alcanza fama y nombradía a las que sus coterráneos son ajenos casi siempre. Esto le ocurre a Elías Zerolo. Además, todo el mérito llevóselo siempre su hermano Antonio, porque era poeta y porque estuvo aquí toda su vida, sin apenas solución de continuidad. Por cierto, que nuestro hombre firmó muchos trabajos con seudónimo; Juan de Atlántida, Saile y L. Río Oseleza, fueron tres de ellos.

Al Diputado por Lanzarote y Director General de Administración Local y de Prisiones, Don José Betancort Cabrera, casi no se le conoce por su nombre. Para todos los interesados en la literatura, es «Ángel Guerra», pseudónimo que le hizo famoso. Nace en Teguiise en 1874 y muere en Madrid en 1950. Político, poeta, periodista, autor teatral es, como narrador, uno de los más destacados autores del movimiento regionalista en Canarias. Publica artículos en casi todos los periódicos de la nación. Su crítica literaria es de gran finura. Díaz Plaja recoge a esta figura como una de las más interesantes dentro de la Historia de la Literatura Española de su tiempo. Su labor literaria es amplísima. Citaremos algunas de sus obras más importantes: «Semblanzas», «De Arte», «Del vivir revolucionario», «Ensayos literarios», «Rincón Isleño», «Andanzas y Añoranzas» y «A merced del viento». El profesor Cabrera Perera ha demostrado que Ángel Guerra es autor de una zarzuela, «Clavellina», atribuida erróneamente a Galdós. Estuvo en máxima altura a la que se puede llegar en su época.

Todo lo que llevamos diciendo nos viene a corroborar la importancia de la literatura lanzaroteña en los finales del XIX y principios de este siglo XX, que ya casi finaliza.

Pienso que se puede tener el orgullo de contar con magníficos escritores, poetas y críticos que en nada desmerecen frente a los existentes en el resto de las Islas y a los de muchas provincias españolas.

Me pregunto ahora para qué servirá esta larga relación de literatos, esta especie de epítome en el que se relacionan vagamente tantas figuras importantes. Porque si este discurso sólo tiene la virtud informativa, el hecho de cumplir con un compromiso, de poco vale el resumen.

Pero si, poco a poco, van quedando en la memoria nombres, poesía, escrituras, algunas fechas, tal vez todo ello haga aparecer el deseo de conocer y leer a todos estos lanzaroteños que hicieron de la escritura su principal quehacer. Esto sería para mí el mejor logro de este pobre empeño.

Hablaremos ahora del capitán del pailebot «Bella Lucía», del marino que burló el ciclón formado en las Lucayas el 25 de septiembre de 1929 y que llegó a La Habana doce horas antes de que el desastre se abatiera sobre Cuba.

Nació en Haría Don Francisco Jordán y Franchy, en 1888. Murió en 1963. Llegué a conocerle y tengo sus libros, dedicados a mi padre, del que fue amigo.

Dice de él Padrón Acosta: «La inspiración es la aguja de marear de su lírica bitácora. Su musa le debe poco a la Preceptiva; nació poeta y tiene la fluidez de los poetas de nacimiento. Los temas marinos, de su predilección, aparecen en todos sus libros y su mar es, en gran parte, mar de sugerencias femeninas». Citaremos títulos de algunos de sus libros. «Espigas y Amapolas», «Adelfas y Cardos», «Campana de a Bordo» son, entre otros y los inéditos que dejó, la aportación a la poesía de este hombre cabal y bueno, esclavo de su deber, al que siempre recordaré con admirado afecto.

Rompiendo la ordenación cronológica, he dejado para el final a Don Benito Pérez Armas. Debí hablar de él antes de hacerlo de Ángel Guerra y Jordán, pero es un capricho que Vdes. me van a permitir, ya que tengo una especial querencia por Don Benito, al que estimo uno de los mejores novelistas de nuestro ámbito isleño.

«Rosalba» sigue siendo, para mí, una de las novelas más encantadoras y mejor escritas de la literatura canaria. Y «La vida, juego de naipes», un entretenido relato del que dice Don Benito, en la explicación preliminar que la encabeza: «Se trata de una vulgar narración, escrita sin pretensiones, al correr de la pluma, que mueve a curiosidad desde las primeras páginas...».

Digamos que Don Benito Pérez Armas nace el 30 de agosto de 1871 en esta isla de Lanzarote y en Yaiza. De hasta que punto la dedicación a la política puede encubrir a un gran escritor, son claro ejemplo estas ocho líneas que transcribo a continuación y que representan todo lo que a dos historiadores de literatura canaria se les ocurre decir acerca de Pérez Armas: «Escribió mucho en periódicos de Canarias desde muy joven, así como en los de Madrid y descolló como político y orador. En sus novelas y cuentos cultivó los temas regionales con pluma ágil y estilo de cautivadora sencillez. Entre sus obras podemos enumerar “La baja del Secreto”, “Las lágrimas de Cumella”, “Rosalba”, “La vida, juego de naipes” y “De padres a hijos” (novela canaria) publicada en 1901, que obtuvo el primer premio en los Juegos Florales de La Orotava. Murió en Tenerife en 1937».

Y con estas ocho líneas, la obra literaria de Don Benito se sentencia: no tiene gran importancia. Tengo que dar el mentís más formal a esta corta, incompleta y poco seria apreciación de unos profesores e investigadores de nuestra literatura.

Sabemos —ya nos lo dice el gran polígrafo Marcos Guimerá Peraza en su libro «Benito Pérez Armas. 1871-1937»— que fue uno de los más importantes políticos de su tiempo, pero hay que saber más.

Don Benito era el alma de la Revista «Gente Nueva», donde publicó artículos periodísticos, ensayos, crítica literaria y cuentos hermosísimos. Aparte de ello, sus novelas son el trabajo de un excelente escritor, bellas, bien escritas, interesantes, cautivadoras.

¿Cómo era D. Benito Pérez Armas? En la caricatura que le hace Crosita para la portada del número 17 de «Gente Nueva» del 12 de febrero de 1900, a la que añade una cuarteta que dice:

Flaco, nervioso, tipo decadente  
distinguido escritor regionalista,  
de los nuevos el más sobresaliente  
en la ruda labor del periodista.

se da una visión jocosa de un hombre que era alto, elegante, siempre muy cuidado en el vestir, de penetrante e inteligente mirada. Es en el retrato que le hace Aguiar, diez años antes de su muerte, donde su fisonomía nos aparece con toda su nobleza. Tenía un cierto parecido con uno de los novelistas que él admiraba; me refiero a José María Eça de Queiroz, el gran escritor portugués, que también influyó en la novelística de nuestro hombre.

El comienzo de «Rosalba» y el de «La Ilustre Casa de Ramírez», de Queiroz tienen cierto parecido y, sobre todo, el mismo ritmo en la escritura y en la ambientación de la escena.

Y en la página 107 de «Rosalba», Pérez Armas le hace decir a Fernando, el principal protagonista masculino: «Hizo, chiquilla, una descripción de lo que hubiera sido mi vida si me caso con la primita Nieves, maravillosa, digna de un Eça de Queiroz».

Porque Don Benito, que era un hombre culto y gran lector, tenía, como mi padre y como yo mismo, una predilección por el extraordinario novelista de Povoá do Varzim.

«Rosalba» es una novela llena de encanto y aunque Pérez Armas la subtítulo, «novela canaria», lo mismo la hubiera podido situar en cualquier parte del mundo, cosa que le pasa a «La vida, juego de naipes», también.

No voy a extenderme más sobre este escritor que es, así lo estimo, el mejor novelista del XIX y principio del XX que ha dado Canarias. Ha de leerse y no sé si se puede leer, porque, que yo sepa, no se han editado sus Obras Completas todavía. En esto del patriotismo literario de Canarias, la cultura «oficial» se ocupa del mismo tal como yo lo hago acerca de Beluchistan, del que no me ocupo en absoluto.

¿Qué más después de Don Benito? No puedo dejar de nombrar a César Manrique. Sí. Ya sé que tratamos de literatura y que él no escribió, pero sí es cierto que en su ejecutoria cultural tiene, también, un gran libro, publicado a los cuatro vientos: esta Isla de Lanzarote de la que nunca se cansó de hablar y amar. Vaya, para él, mi recuerdo y mi homenaje, que no cabe el olvido.

En cuanto a la literatura inmediatamente contemporánea de Lanzarote, no voy a ocuparme de ella hoy; nos alargaría demasiado y, por otra parte, resultaría incompleta. Hay, ahora mismo, una serie de nombres de poetas, ensayistas, novelistas, periodistas, que hacen su trabajo y sostienen el nivel cultural de Lanzarote a excelente altura.

Escribir de, desde, en, sobre Lanzarote. ¿Qué tiene la Isla, qué virtud extraña o qué secreto atractivo para que en ella crezca la escritura como si de una pradera gramatical se tratara?

Agustín Espinosa escribe «Lancelot» y construye la geografía integral de esta tierra donde el viento —dice— ha sido siempre, sobre todo, un gran cazador de retórica. El protagonista del libro es Lanzarote. No hay que nacer en la Isla para ser de ella. Creemos rescatarla y es ella la que nos rescata de no sabemos qué peligro inminente. Una vez que se apodera de nosotros, estamos más tranquilos.

«Mararía». Escribir desde y sobre este universo que también se apoderará un día de Rafael Arozarena y no le dejará nunca. Para Ventura Doreste, mi llorado amigo, «Mararía» es una de las mejores producciones de la narrativa canaria. ¿Es el narrador de la historia la propia Isla?, me pregunto.

También, sin nacer aquí, Yolanda Soler, la excelente novelista de «Una sombra en el desván». Y Ángel Fernández Benéitez, el altísimo poeta de «Epistolio».

¡Qué excelente temperatura intelectual tiene Lanzarote!

De pronto caemos en la cuenta —¿Verdad que es así, Félix Martín Hormiga, tú que escribes sobre los ciclones—, que estamos en una Isla que es una escritura ella misma y que nos seguirá diciendo las palabras necesarias, sosteniendo la razón de su historia?

Hemos recorrido en, más o menos, 40 minutos, cuatro siglos de literatura en Lanzarote. Quizá esto haya sido hecho con demasiada rapidez y poca profundidad, pero no encontré otra manera de ofrecer una visión conjunta de un tema tan poblado de figuras, dignas todas ellas, de ser recordadas y citadas, para afirmar su condición de patrimonio de las letras lanzaroteñas.

Y ahora quiero dirigirme a las autoridades y a todos los que han tenido la paciencia de escucharme, para señalar la importancia, la necesidad de recobrar el pasado literario de esta Isla, editando nuevamente las obras —si no todas, al menos las más importantes— de los autores que hoy hemos tenido como compañeros de trabajo, para que continúen siéndolo de las jóvenes, actuales y futuras generaciones. Es una deuda que debe contraerse y que habrá de pagarse, cuanto antes, mejor.

Descansemos ahora, Vdes. de escuchar, yo de leer. Salgamos, en esta noche de septiembre y demos un paseo por las calles. Alguien que pasa nos saluda. ¡Buenas noches!, Don Elías, Don Alfonso, Don Francisco, Don Benito.

Más lejos, al volver la esquina, otro saludo: ¡Buenas noches, Señor Clavijo!  
¡Cuántos siglos sin vernos!

Todo en los libros, sí. Todo en la escritura. Lanzarote también.

«El mar nuestro de cada día, dánosle hoy, escribe la Isla; esta tierra, tan  
llena de luz adorable, que bendita sea siempre entre todas las tierras».